

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION
CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

NUMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES
25 Números, 2'50 pesetas.



Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
De ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES
25 Números, 2'50 pesetas.

NUMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID.....	Un mes..... 1 peseta
	» Trimestre... 2,50 »
	» Año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS	Un Trimestre..... 3 pesetas
	» Semestre..... 6 »
	» Año..... 12 »

ELLOS Y NOSOTROS

Asistimos otra vez al divertidísimo espectáculo de la «riña de los dos compadres.»

El Sr. Sagasta comienza ya á sentir la nostalgia del poder, y amenaza y bravuquea como un gallo peleón.

Como la Corona se decide á conceder al Sr. Cánovas el decreto de disolución de Cortes, el jefe del partido liberal amenaza con el retraimiento y también con la revolución.

La lucha entre el partido conservador y el partido fusionista se ha entablado al fin, y Dios sabe cómo terminará.

Ambas agrupaciones se disputan con tenacidad y con valentía, dignas de mejor causa, la mezquina posesión del poder.

No les mueve al combate ningún fin noble ni desinteresado; unos y otros pelean por el disfrute del presupuesto, por la seguridad de la comida diaria.

Los fusionistas tienen hambre y reclaman á la Corona su derecho á la vida.

Los conservadores protestan y reclaman también: «no hemos comido aun lo suficiente; tened paciencia y esperad como hemos esperado nosotros antes.»

Y á estos términos, verdaderamente bochornosos, queda reducida la cuestión.

A saber cuál de los dos partidos tendrá á su disposición los bienes del presupuesto.

Sagasta y Cánovas, como dos barateros, se disputan navaja en mano, la posesión del poder.

Y nosotros los republicanos, continuamos cruzados pacíficamente de brazos, viendo como se destrozan entre sí nuestros enemigos.

Nuestra resignación raya ya en cobardía. No tenemos ánimos ni fuerza para nada.

Los mismos monárquicos nos traerán la República—se dice.

Y nosotros nos hemos sentado á las puertas de nuestros campamentos, esperando la solución de los conflictos creados por nuestros adversarios.

¡Quién sabe si no somos merecedores de sufrir toda la vida la tiranía del actual régimen!

UNA HOJA SUELTA

El hombre es el colmo del egoísmo. Para satisfacer su apetito voraz, todo lo sacrifica. No se satisface con los frutos que le da la naturaleza; persigue á los demás animales, y los devora si le son sabrosos. No perdona al faisán por bello, ni al cordero por inofensivo, ni al buey por útil. Gracias á un antiguo precepto religioso, respetó durante siglos á los caballos; los despedaza y engulle ya como los cerdos.

De todos los seres que destina á su alimento, casi nada desperdicia. Sesos, lengua, pulmones, corazón, hígado, sangre, todo lo trasiega á su insaciable estómago. Aprovecha hasta los intestinos; se recrea con la carne del hueso sacro.

Para coger á los animales, así los del mar como los de la tierra, ¿á qué medios no recurre? De la caza y de la pesca ha hecho artes sobre que ha escrito gruesos volúmenes. Aquí se vale de la fuerza, allí de la astucia y la perfidia.

En la manera de matarlos no repara. Si los cree más agradables echándolos vivos en agua hirviendo, al agua hirviendo los arroja. A unos degüella, á otros estrangula, á otros decapita. Ni por lo más remoto se preocupa con los padecimientos á que los condena.

Aun con los que quiere conservar vivos, bien para sus labores, bien para su regalo, es cruel y desagradecido. Caballos que mimó cuando jóvenes y gallardos, mermada la lozanía, los une á una mala carreta; viejos, los entrega á las astas de los toros.

Tiene por suyas la tierra y los seres que la ocupan. A los que no mata, los sujeta á dura servidumbre. Condena á vivir en estrecha jaula al pájaro que por sus alas venía llamado á cruzar libremente los espacios; pone bajo la coyunda al buey; enfrena al caballo. Al caballo lo estimula á la carrera con acerados acicalas, y lo convierte en instrumento de guerra. Lo arroja sin compasión sobre las bayonetas y las lanzas de sus enemigos.

Verdad es que hace poco menos con sus semejantes. Los convierte asimismo en instrumentos de guerra y los precipita sin piedad sobre ejércitos numerosos y cañones que vomitan fuego. Por la violencia los conduce á los campos de batalla, y por la violencia los obliga á que se batan y arrosten la muerte. Tiránico y cruel con los demás seres, lo fué con su propia raza.

Cohonestan los cristianos su conducta para con los demás animales, alegando que Dios al crear al hombre se los dió por alimento. Dios, según *El Génesis*, no dió los animales por alimento al hombre, dió por alimento las plantas al hombre y los demás animales.

Es, sin embargo, indudable, que el hombre no puede vivir sin la continua matanza de otros seres. Acabarian con él los insectos que le atormentan si no los matara. Le tendrían en constante peligro las fieras de sus bosques y sus cerros, si no las persiguiera de muerte. Le asolarían de continuo los campos y los viñedos, la langosta y la filoxera, si no trabajara por extinguirlas. Le atajarían el paso en tierra y mar especies que prodigiosamente se multiplican, si para su nutrición no las utiliza. Ya al aparecer en el planeta, hubo de luchar con animales gigantes hasta exterminarlos á fin de evitar su propio exterminio.

Ni es sólo el hombre el que vive matando. Viven matando los más de los animales. Devoran los fuertes á los débiles, y son instintivamente los unos enemigos de los otros. La vida es en todo el reino animal la lucha, y la lucha es la muerte de unos por otros seres.

Inférese de esto que la Providencia ha condenado el mundo á perpetua matanza, y el hombre cumple como ser alguno los designios de la Providencia.

F. PI Y MARGALL.

NOS ADHERIMOS

Nuestro querido colega *El Motín*, propone una liga de periódicos liberales contra el jesuitismo, cada vez más poderoso en la patria española.

El Motín puede agregar á la ya larga lista de periódicos adictos que en sus columnas publica, el título de nuestro órgano, que nunca falta á su deber cuando de luchar por la democracia y la libertad se trata.

Y en este caso concreto, ¿cómo ha de faltar, si

echando á los jesuitas de España puede en ella desarrollarse majestuosamente el progreso?

La injusta influencia de la compañía de Loyola fué siempre y en todas partes un valladar inexpugnable á la libertad y al adelanto.

Contrarrestarla es una obra meritoria, digna de los espíritus que rinden culto á la igualdad y á la justicia.

Cuente, pues, *El Motín* y toda la prensa liberal y democrática con el sincero apoyo de DON QUIJOTE.

HIMNO NACIONAL

O MARCHA U LO QUE SEA, QUE ES IGUAL

Letra de Cánovas, música de Straus, Chueca, Valverde y compañía.

Inspírame Elisita
un himno nacional,
para llevarme el premio
que anuncia *El Imparcial*,
y que rabie Silvela,
y rabie el del Zanjón,
y que rabie Sagasta
con plancha y con morrión.

Las Cortes porque quiero
las voy á disolver,
según una receta
que me ha dado Fabié,
y con las nuevas Cortes
yo arreglaré el país,
y haré obispo de Coria
al pobre Morlesin
y á Osuna que es mi pariente
también

le nombraré
matador de novillos
ó besugo *frappé*.
¡Viva Español
y viva Castellano
que es un chico
que es ministro y no sabe
que es eso de Ultramar,
y unido á Valdosera
el *Notario menor*,
proclaman bien la altura
del partido... de Bosch,
pón.

¡Viva Español
y viva Castellano,
etc., etc.

¡ADELANTE POR LA UNION!

Una vez, allá por los años malditos de 1852, interpelado Kossuth, que ya era un sol poniente, acerca del mal éxito de su tentativa épica de 1848, respondió... «y perecimos

DON QUIJOTE



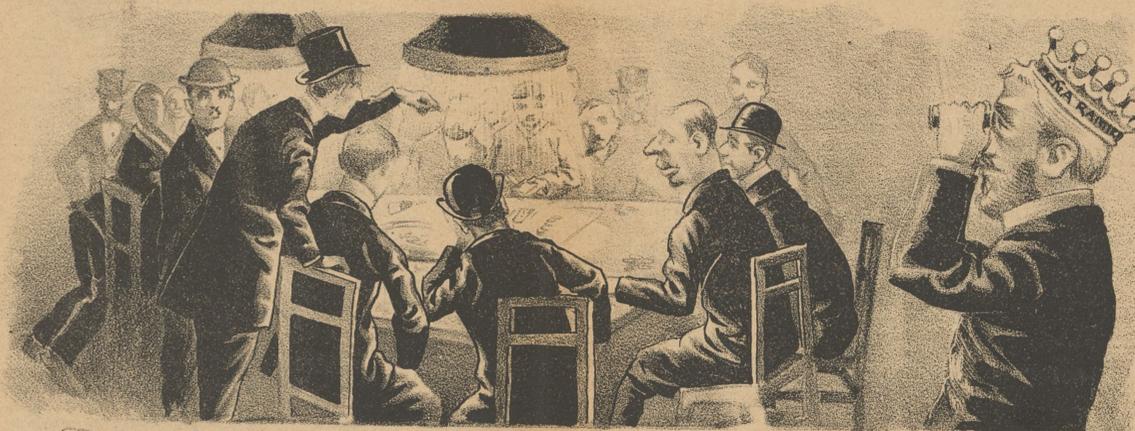
—No, no hay perdón para vosotros.



—[Toma, por «héroe»!]



En perpetua vigilia.



—Por más que miro, yo no veo que se juegue.



Sagasta.—A ver si le echo la zancadilla.

«Del árbol caído, todos hacen leña.»



Efecto del relevo de Martínez Campos.



—Señores: Hoy hace veinte días que los redactores de *El País* se hallan en la cárcel, los concejales ladrones siguen sin novedad en su importante salud.

(él se consideraba un hombre muerto) y fenecieron nuestras esperanzas, no porque nuestros enemigos fueran más numerosos ni más bravos, sino porque nuestras filas estaban diezmadas de rencillas y desuniones»...

¡Claro! ¿Dónde está el cerebro, por extravagante que sea, que pueda establecer paridades en una lucha de átomos dispersos y de bloques conjuntos?

Otra vez, algunos meses antes, en las postrimerías del mes de Diciembre de 1851, Víctor Hugo, interrogado también por alguien que no se explicaba el gran furor seguido de un tan profundo abatimiento, de los barrios obreros de París, á raíz del golpe de Estado que consagraba al príncipe Napoleón dictador de Francia, dijo:—«¿Qué queréis? Los bandidos se unen para atacar; no existe solidaridad más estrecha en el mundo que la de los criminales. El sol difunde sus rayos—y la sombra se repliega y se aprieta. París se difundió en vez de reconcentrarse.

¿Puede acusarse al sol de ser un mal táctico? Abortó nuestra protesta por falta de unión, por falta de cohesión. Si hubiéramos estado unidos y preparados París sería actualmente otra cosa que el ludibrio del mundo...»

Y así ó en parecidos términos hablaron las almas de Hungría y de Francia comentando las dos innobles zancadillas de 1848 y 1851, el bárbaro aplastamiento del Derecho por el dolo y por la fuerza.

Nuestro caso político y social merece penetrarse de las austeras y graves inspiraciones de la Historia. Somos casi todos, somos muchos, somos innumerables, somos la gran mayoría de la Nación,—somos la cantidad y estamos unánimes en protestar—y estamos a unes en rebelarnos contra la traición política dominante y el contubernio político existente. Y á más de la cantidad somos la calidad, porque el total de nuestras fuerzas diseminadas y corroidas de disencamientos—fuerza es declararlo—y aun algunas veces desalentadas, son, sin ninguna altanería de expresión, la tierra y el árbol y la savia española, España misma, de la cual los soldados que se baten en Cuba, y los artistas prendados de belleza que han recibido el *exequatur* de la internacionalidad y nuestro comercio de exportación allende las fronteras, son como la hoja y el fruto.

Así pues, ¿qué nos falta siendo el Número y el Derecho? ¿La unión? Muy fecundas corrientes de fuerza se han iniciado en ese sentido, por toda España, en estos días. Si no hemos llegado ya á la otra orilla culpa es de nuestros disencimientos, no de otra cosa. Tenemos todos los revolucionarios españoles un enemigo común que es la tenebrosa reacción ambiente. Unámonos para disiparla que ya disintiremos después nuestros asuntos nacionales en pleno sol y al aire libre. La unión revolucionaria que es la aspiración de hoy, puede y debe ser la realidad de mañana. Y por la unión venceremos fatalmente. Ciego y loco el que no lo vea.

Republicanos españoles: ¡Viva la unión revolucionaria!



Hemos recibido la visita del nuevo colega *La Asamblea Federal*.

Nuestro cariñoso saludo al órgano de los simpáticos revolucionarios federales.

Al fin se descubrió el suceso misterioso del casino de la calle del Príncipe.

Y resultó que allí se había «andando» á tiros.

Y que se jugaba de lo lindo.

Pero que nuestra policía no se había enterado de nada.

Lo que es natural.

Bastante tienen los agentes de Peña Ramiro con buscar á los que pusieron los petardos en la plaza de Oriente.

O á los que asesinaron á Tomás Carrera.

A don Venancio González llaman «el manco de Lillo» pues lo que es en lo del Pósito no fué manco el pobrecito!

De *La Epoca*:

«El Sr. Castellano ha asegurado que si hubiera sabido que el Sr. Laá era recomendado del general Martínez Campos no le hubiera jubilaído de ninguna manera.»

¡Qué hermosa confesión!
La recomendación
es, probos empleados,
la única solución
para ser respetados.

Esto afirman que ha dicho D. Tomás, ministro, aragonés, *cóngrío* y demás.

Y ya que hablamos del general Martínez Campos y de sus disgustos, ahí va otra noticia.

El general Borrero, al decir del presidente del Consejo, se ha desdicho de todo cuanto dijo contra el héroe del Zanjón.

Pero ¡Dios mío! ¡Qué generales estos!

¡Cómo mienten y se desmienten!

El Sr. Llorens, exmilitar carlista y diputado, ha dicho en Valencia que si ha ofrecido al gobierno el fusil de su invención, es porque se lo ha mandado D. Carlos y por *moor* de la guerra de Cuba.

Si no—ha añadido el gran inventor—lo hubiera reservado para defender la legitimidad carlista.

Metidito en alcohol ¿verdad?

*Al pie de una cruz bendita
llorando me arrodillé,
pidiendo á Dios me librara
de las latas de Fabié.*

Hace una porción de días que no se habla nada del exelocente tribuno Sr. Castelar.

Y la verdad es que la cosa nos tiene con el alma en un hilo.

¿Dónde se meterá ahora D. Emilio? ¿A qué se dedicará?

Porque no le queda siquiera el recurso de animar las tertulias de la Sra. Pardo Bazán.

Estamos en cuaremas y la eximia novelista no recibe.

Ahí va un partido señores,
que le va á partir á cualquiera
Romero, Bosch, el Danvila
y Luis Felipe Aguilera.

Por un error de nuestro embajador, en el último baile de corte dado por el Czar de Rusia, España es tuvo representada nada menos que por D. Jaime, el chico de las de Borbón y de Este.

¡Válgame Dios! y qué juicio habrán formado de nosotros en Rusia.

Cuando menos, y juzgando por el representante, se habrán figurado que este es un país de memos.

Es un político raro
el gran duque de Tetuán.
que siempre está perfumándose
y siempre huele muy mal.

En Orense se ha visto en juicio oral, la causa instruida contra cinco niños, el mayor de doce años, por hurto de tres quesos que no llegaron á comer.

¡Vaya una manera de hilar delgado que tiene la justicia de Orense!

Porque la verdad, el delito es espantoso: ¡hurtar tres quesos!

¿Qué harán en ese bendito país con los concejales y demás personajes que se dedican á robar á mansalva todo lo que pueden!

Aunque, ¿quién sabe? tal vez no se metan con ellos, porque al fin y al cabo esos no hurtan queso.

Sino que se lo dan á todo bicho viviente.

*Yo la vide coger una rosa.
Yo la vide coger un clavel.
Y Olavide no cura á Silvela
las manchas de hiena que tiene en la piel.*

EL PARAISO PROMETIDO

PAGINAS DEL EVANGELIO SOCIALISTA

I

Juntos, muy juntos, aferrados los cuerpos en abrazo estrechísimo, más que nunca, carne los dos de una misma carne, vida los dos de una misma vida; pero vueltos los rostros avergonzados para no hablarse ni con la mirada, permanecían Adán y Eva á la puerta del Paraíso, fijos ante ella, consternados, absortos, hundidos en el abismo de su conciencia, sosogada hasta entonces, risueña y plácida como la Naturaleza toda en el Eden perdido, tempestuosa y espantable anora como los mares embravecidos y los eriales desoladores que fuera del Paraíso les rodeaban por todas partes y se extendían hasta lo infinito sin una senda llana, sin una sombra refrigeradora, sin un abrigo seguro de las fieras y de los elementos. La flamígera espada del ángel trazaba inmensa línea de fuego cerrándoles el paso, y tras ella, hermoso, florido, encantado, el Paraíso para siempre perdido, para siempre, por decreto inexorable de Dios.

Y el hombre y la mujer fijos allí, con el estupor de la tremenda ruina, sin una queja, sin un lamento, sin advertir siquiera los peligros innumerables amenazadores de su

vida, desde el fatal instante en que habían sido arrojados del Paraíso. ¡Solos por vez primera y contra ellos la justicia divina y la Naturaleza despiadada, ejecutora suya inexorable!

¿Qué resistencia, qué ánimo fuerte en condición tan miserable? Así, ni un solo pensamiento de su futura existencia posible les alentó para nueva vida; solo en morir pensaban. Pero en morir allí, ante las puertas del Paraíso, sin perderle de vista ni un solo instante, morir gozándole todavía con miradas ansiosas... Detrás, á su espalda, bien lo oían, el vendaval desencadenado, oleaje de mares, aullidos de fieras. ¿Para qué volverse á mirar, si cada paso había de llevarlos á un rudo dolor y á la muerte por término? Tanto mejor esperarla allí, mitigado el horror de morir por la vista consoladora.

Por vez primera, desfallecidos de necesidad, rendidos de cansancio, dejáronse caer por tierra abrazados, y todavía se incorporaban anhelosos por contemplar aún su Paraíso.

Por vez primera el ángel de los consuelos descendió á su lado; suavísimo resplandor esclareció tierra y cielo á su presencia.—Levantad, les dijo. ¿Por qué permanecéis aquí? Habéis perdido el Paraíso para siempre. Dentro de poco ni contemplarlo os será permitido. Ved, una muralla de fuego os impide el paso; la tierra con sacudida espantosa, levantará montañas de granito que os le ocultarán para siempre. Lejos, lejos de aquí. No os atormentéis con el recuerdo de lo que fué, la vida os espera. Volved los ojos á vuestra espalda, allí tenéis un nuevo Paraíso que lograr tan hermoso como el primero.

Confortados por las palabras del ángel, dulcemente imperativas, levantáronse del suelo Adán y Eva y ansiosos, volvieron la vista á su espalda. ¿Un nuevo Paraíso? ¿Dónde? Y sus ojos buscaban en vano la tierra árida.

—Sí, allí—proseguía el ángel.—Allí, en esos eriales, en esas rocas duras, en esos abrojos; y en tí, dijo al hombre, llevas el poder que ha de hacerle surgir. No pienses más en el Paraíso perdido, piensa en el que has de lograr sobre esa tierra fecundada por tu trabajo. Desapareció el ángel, y Adán, recobrados valor y aliento, sin volver los ojos al Paraíso perdido, sígueme—dijo á Eva—y echó adelante, apartando malezas á su paso, quebrando ásperas ramas, ensangrentando sus pies y sus manos y con rastro de sangre trazando el camino de la humanidad hacia el nuevo Paraíso prometido.

II

Pasaron generaciones y por el trabajo de todas un pedazo de tierra, mostrábase como nuevo Paraíso. Pero formidable muralla la separaba del resto, árido y desolado todavía. Dentro de su recinto, sus poderosos y ufanos conquistadores gozaban de tanto esplendor con todas las apariencias de la felicidad. Fuera, los miserables desheredados clamaban por franquear la entrada, invocando el nombre de hermanos, hijos todos de aquel mismo padre á quien el ángel ofreciera el nuevo Paraíso, logrado á fuerza del trabajo de cien generaciones.

Y los de dentro no les escuchaban, ó les respondían desabridos, negándoles el nombre de hermanos.

—No, nada hay de común entre nosotros—les decían;—somos los fuertes, fuimos más hábiles. Nosotros fuimos los trabajadores; vosotros, incapaces para otra cosa, fuisteis instrumentos de nuestro trabajo; estáis sometidos á nosotros como las bestias de labor, como las máquinas auxiliaoras de nuestro esfuerzo. El Paraíso terrenal no es para vosotros, no lo será nunca si hay justicia en la tierra.

Y los de fuera gemían y blasfemaban con dolor y con ira, porque si la tierra tenía su Paraíso, ellos le habían regado con su sangre, la misma sangre con que Adán regó el primer surco trazado en ella. Y entonces bajó Dios mismo hecho hombre, y habló así á los que gemían y blasfemaban al pie de ese muro:

—¿Por ventura pensáis que los de adentro estén en el Paraíso? En verdad os digo que no es ese el Paraíso que yo prometí. Vedlos que van juntos á sus festines y placeres, pero no como hermanos para festejarse con verdadero amor, sino como lobos hambrientos en manadas para defenderse unos á otros mientras hacen presa, y después ellos mismos se la disputan y se destrozan entre ellos. En verdad os digo que de la tierra no surgirá el Paraíso prometido hasta que esas murallas no se desmoronen y los de fuera y los de dentro no os abraceis como hermanos, y el amor universal reine sobre la tierra, no intentéis asaltar con violencia su paraíso ilusorio. No vayais á ellos; ellos vendrán á vosotros, desengañados de poseerle ni de llegar á él mientras no caminéis á recuperarlo todos juntos unidos como hermanos.

JACINTO BENAVENTE.

REPRESENTANTE

encargado de la venta de DON QUIJOTE en Cuba

D. E. ADEODATY GOMEZ

SALUD, 23.—HABANA

IMPRENTA DE DIEGO PACHECO LATORRE

Plaza del Dos de Mayo, 5.